

La Federación Nacional de Mujeres Campesinas, Artesanas, Indígenas, Nativas y Asalariadas del Perú (Fenmucarinap): cómo empezamos

Lourdes Huanca A.

Sumilla

El presente texto da cuenta del trabajo de las mujeres integrantes de la Federación Nacional de Mujeres Campesinas, Artesanas, Indígenas, Nativas y Asalariadas del Perú (Fenmucarinap) y su esfuerzo por consolidar este espacio luego de sentirse por muchos años relegadas y tantas veces ignoradas. Hoy reconocidas a nivel nacional e internacional como una organización que defiende los derechos humanos de los pueblos indígenas u originarios, que defiende la soberanía alimentaria, la tierra, el territorio, el agua, las semillas y toda nuestra biodiversidad, enfrentando innumerables retos y dificultades.

Se comparte en este artículo las dificultades que atraviesan y los retos que enfrentan las mujeres de comunidades indígenas y pueblos originarios en este tiempo de pandemia, sumado a cómo las afectan las condiciones adversas producto del cambio climático, las desventajas que sufren en torno a la precariedad de los sistemas de educación y salud, las batallas que vienen dando en defensa de su soberanía alimentaria y del territorio y su lucha contra la violencia hacia la mujer.

CUANDO FUNDAMOS LA Federación Nacional de Mujeres Campesinas, Artesanas, Indígenas, Nativas y Asalariadas del Perú (Fenmucarinap) en agosto del 2006, veníamos acumulando un gran sueño ante la indiferencia de los hombres que lideraban las organizaciones indígenas en esos años. Se nos relegó a cargos tradicionales como secretaria de actas o de archivos, vocales, etc. Durante las asambleas, reuniones y congresos no teníamos voz ni voto, ni tampoco era considerada prioridad nuestra agenda, como la situación de la violencia hacia las mujeres al interior y fuera de la organización, las dificultades para acceder por derecho a títulos sobre tierras, territorios o el reconocimiento de saberes ancestrales.

Frente a este escenario, nosotras nos organizamos y fundamos nuestra federación. Nos capacitamos y empoderamos año tras año, logrando conformar 24 bases a nivel nacional. Y al 2021 podemos decir que nuestra visión es un logro porque somos reconocidas a nivel nacional e internacional como una organización que defiende los derechos humanos de los pueblos indígenas u originarios, que defiende la soberanía alimentaria, la tierra, el territorio, el agua, las semillas y toda nuestra biodiversidad, enfrentando innumerables retos y dificultades.

A poco tiempo de cumplir 15 años de fundación, las dirigentes y socias de la Fenmucarinap estamos enfrentado un gran reto

de sobrevivencia, al igual que millones de mujeres y hombres nativos, indígenas y de pueblos originarios en el mundo, desde que se declaró la pandemia de COVID-19 por la Organización Mundial de Salud (OMS). Hasta antes de ello, nuestros grandes problemas eran los desastres naturales, el cambio climático, la deforestación, la contaminación de las mineras a las tierras y/o ríos, la violencia hacia las mujeres, etc. Hoy en día todo se ha complicado, exponiendo esta pandemia las verdaderas carencias que tenemos como país en salud, educación, trabajo, justicia, etc., así como las grandes brechas de género existentes, donde las cifras de violencia hacia las mujeres de todas las edades no han hecho más que aumentar.

Problemas y dificultades durante la cuarentena por la COVID-19

Adversidades durante y después de la cuarentena: economía familiar

De acuerdo al informe presentado por nuestras bases de la región macrosur en el Encuentro de las Macro Regiones de la FENMUCARINAP, realizado entre diciembre del 2020 y febrero/marzo del 2021, la población que vive del campo tal vez no ha sentido mucho las dificultades al inicio de la cuarentena porque siempre se han dedicado al campo, al pastoreo y/o la chacra. Más bien aprovecharon ese tiempo en que no había labores escolares o escuela presencial para que toda la familia se dedique a la chacra, al pastoreo y esté en los campos, aunque a medida que avanzaban los días y las semanas se hizo notar la ausencia de productos industrializados como azúcar, arroz y fideos, en general productos de la Costa, los cuales, a través del trueque, eran intercambiados por sus cosechas o por la carne de los animales que criaban para poder alimentar a sus familias. Más aún, si estos productos llegaban después de meses, lo hacían con precios

elevados. Actualmente, los precios se han mantenido altos, ocasionando que otros derivados como el pan, que antes se vendía en seis unidades por S/ 1.00, ahora se venda a cuatro unidades por el mismo precio.

En el caso de las mujeres que migraron del campo a la ciudad, estas ya no podían regresar a sus comunidades, a sus provincias, a los lugares donde pertenecían. En la ciudad no se podía hacer nada, producto de la cuarentena, mientras que las mujeres del campo podían pastar sus ganados, continuar haciendo sus quehaceres, dedicarse a la cosecha o a la agricultura familiar, alimentándose con lo que aún tenían.

Las mujeres que estaban en la ciudad no podían trabajar vendiendo emoliente, chicharrón, papitas con huevo, etc., quedándose sin opciones para alimentar a sus familias. Otras perdieron sus puestos de trabajo, al igual que sus esposos, porque los lugares donde trabajaban empezaron a cerrar o reducir personal. Así, su situación se volvió bastante grave.

Cuando se levantó la cuarentena, las mujeres migrantes, las que no lograron retornar de la capital al campo, ya no podían recuperar su trabajo pues en los lugares donde lo hacían preferían contratar a gente joven, que también salió desesperada a buscar fuentes de ingreso, siendo empleadas mucho más rápido por la presencia, su lengua, dialecto, su habilidad para el negocio y, principalmente, por el tipo de salario, más bajo, dejando a nuestras hermanas migrantes afectadas, desamparadas, sin opción de trabajo durante esta pandemia.

De pronto, al problema de la escasez de alimentos se le sumó la falta de trabajo remunerado, de acceso a salud y educación, transporte, la ausencia de autoridades para casos de violencia familiar, etc., problemas que se fueron intensificando cada vez más con el retorno de quienes volvían a sus comunidades de origen al huir de las ciudades, principalmente de Lima, donde la pandemia aumentaba.

Las dirigentes que estábamos en la capital recibíamos a diario llamadas y mensajes de las compañeras que expresaban con dolor como iban perdiendo a sus familiares debido a la COVID-19, a la vez que ya no tenían ingresos económicos para alimentar a sus familias y para enterrar a sus familiares fallecidos. Resultaba doloroso no poder estar con ellas ayudándolas y reconfortándolas. Sentimos que poco a poco nos íbamos quedando sin opciones para poder ayudarlas y esto afectaba cada vez más nuestra salud, repercutiendo bastante en lo físico y psicológico, que se juntó con todo lo que ocasionó la violencia durante la cuarentena: maltratos, golpes, suicidios y la desesperación de las madres por ver sufrir a sus hijas e hijos.

Cambio climático

Nosotras, mujeres portadoras de conocimientos ancestrales, transmitidos de generación en generación, garantizando la alimentación a nuestras familias a través de la agricultura, la crianza de animales, el cuidado y manejo de las semillas, del agua, la tierra y de las plantas medicinales (las que reivindicamos y defendemos), hemos sido testigos del gran daño que ha ido ocasionado a las mujeres de comunidades indígenas y pueblos originarios el cambio climático junto a la pandemia de la COVID-19.

Nuestra gran variedad de climas, una geografía diversa y una gran biodiversidad de flora y fauna, hacen que el equilibrio ambiental sea frágil, presentándose diferentes afectaciones tanto en el campo como en la ciudad, siendo las poblaciones y sus prácticas quienes más daño hacen a este sistema a través de la contaminación ambiental. Dicha contaminación tiene décadas, lo que ha ocasionado perturbaciones climatológicas que hoy conocemos como «cambio climático».

La Femmucarinap forma parte de la Plataforma de Pueblos Indígenas para Enfrentar el Cambio Climático y desde este espacio

nos hemos pronunciado por las afectaciones que esto produce de manera diferenciada a las mujeres, quienes permanecen más en el hogar, por lo que deben enfrentar adversidades para lograr acceder a agua para el campo y para su propia alimentación, para el cuidado de la siembra, de los animales que crían, etc.

En la zona sur del Perú, que es donde mayormente se realiza la crianza de alpacas y de diverso ganado, el cambio climático afecta reiteradamente y cada vez más. Constantemente, los animales mueren y las chacras se ponen heladas en muchos sitios, dejando sin alimentos a las propias familias. Cuando la helada es muy fuerte, la producción de la papa se queda, se pierde, ya no crece ni bota frutos. Las comunidades que viven en las alturas son las que padecen con frecuencia esta situación. También las lluvias, la nevada y el granizo pueden durar cada vez más tiempo, lo que restringe aún más el pasto, el alimento para las alpacas, los animales, llegando estos a morir de hambre. Esta situación, sobre todo en estos tiempos de pandemia, afectó mucho a las familias pues la agricultura y la ganadería siguen siendo su mayor sustento, por lo que, al perderlo todo, se han visto obligadas a salir fuera de sus comunidades y buscar trabajo en oficios a los que no están acostumbradas/os, y a pesar del riesgo de la COVID-19.

Por ejemplo, en la ciudad de Arequipa el friaje es muy fuerte, llegando a bajo cero en los meses de abril o mayo. A partir de las 5 o 5:30 de la tarde, hasta las 7 de la mañana del día siguiente, el frío es atroz y no se puede soportar. Incluso en las comunidades de Caylloma, parte más altas de la región Arequipa, se puede llegar a 8, 10 o 12 grados bajo cero. Por otro lado, en Puno, el cambio climático y los desastres naturales han generado intensas precipitaciones pluviales, el incremento del caudal y posterior desborde, por ejemplo, de los ríos Lampa, Quiscamayo, Cara Cara, Churuchana e Illpamayo, que afectaron a las viviendas, la carretera Lampa-Cabanillas, caminos rurales, animales, cultivos y el servicio de alcantarillado en comunidades como Tusini Grande,

Moquegachi Central, Lensora, Orcoco Huayta y Pias Huayta, distrito y provincia de Lampa.

Sin duda, el cambio climático estacionario es mucho más impactante ahora que en años anteriores, pues el mismo daño, actualmente, ocasiona de manera diferenciada a más personas, y a sus comunidades, que antes, siendo la humedad la que afecta más a quienes viven en la Costa. Y cuando hay neblina, afecta mucho las comunicaciones, no hay señal de internet y menos el poder realizar llamadas.

A diferencia de las regiones del Sur, las compañeras que viven en las regiones de la Costa y de la Selva sufrieron más de altas temperaturas que las acompañan.

Educación

Este ha sido uno de los temas más descuidados de nuestras autoridades a nivel regional y a nivel nacional, a pesar de la tan promocionada campaña Aprendo en Casa. Como Fenmucarinap creemos que las/los más afectados en todo el sistema educativo han sido las niñas y los niños de educación primaria y de educación secundaria, que a diferencia de las/los estudiantes universitarios y de instituciones superiores, no han tenido mayores opciones o alternativas de aprendizaje, de toma de decisiones y menos de acceso por dos sencillas razones: la falta de trabajo y la poca alimentación que sus familiares podrían brindarles, o no.

Varias de nuestras regiones tienen una geografía accidentada, incluso las mismas ciudades tienen sus zonas altas y bajas. En algunas zonas elevadas no se puede acceder a señal de internet hasta ahora. Así se tiene que las niñas y niños que viven cerca de las ciudades pueden participar de las clases virtuales, incluso prestándose la señal de las y los vecinos, pero las/los menores que viven en el campo no. De este grupo, de acuerdo a los informes de

nuestras bases, casi un 60% se quedaron sin poder estudiar desde sus casas.

Luego de la cuarentena, para poder estudiar mediante el internet, las niñas y niños tenían que bajar a la ciudad, no existiendo otra forma de hacerlo pues tampoco había cabinas de internet en sus lugares de origen. En algunos pocos casos lograban prestarse un celular con internet de algún familiar porque comprarse uno era imposible para la familia, por las dificultades económicas producto de la pandemia y porque los precios de los equipos celulares se habían elevado. El celular más cómodo antes de la pandemia estaba entre S/ 250 y S/ 300 soles, pero con la pandemia subieron de entre S/ 700 a S/ 800 soles. Hay que precisar que las familias de las niñas y los niños del campo no tienen celulares de alta gama, ni computadoras, ni tabletas, menos *laptops*; a las justas sus papás y mamás tienen celulares con teclado (segunda generación).

Mientras varios alumnos y alumnas del campo se quedaron sin poder estudiar, algunas Unidades de Gestión Educativa Local (UGEL) han informado al Ministerio de Educación (Minedu) que las y los menores sí culminaron sus estudios. De igual modo, existen docentes que han sido presionados para que informen a las UGEL que las clases virtuales sí se han realizado, que han continuado sin problemas, y que las clases continuaban a como dé lugar. Sin embargo, nosotras las mujeres de la ciudad y del campo sabemos que no fue así. Las y los docentes han tenido un importante recargo de trabajo. Antes dedicaban ocho horas al día para su labor, mientras que ahora deben trabajar casi todo el día pues en cualquier momento los alumnos y alumnas se conectaban, tanto en primaria como en secundaria. La plana docente también se ha visto afectada por el estrés debido a la presión para entregar informes, resultados y por el apremio de que todas sus alumnas y alumnos recibieran las clases, o por la preocupación de cómo llegar a quienes no tenían acceso a internet.

En el caso de las y los estudiantes universitarios y de institutos, varios tuvieron que dejar de estudiar porque sus familias ya no podían costear la pensión o mensualidad como consecuencia de la pérdida del trabajo. Además, para poder continuar con sus estudios a través de las clases virtuales tenían que contar con una computadora, *laptop* o celular que les permitiera acceder a todas las clases, lo que era imposible para las familias por la falta de dinero para comprar alguno de esos equipos. Muchas de estas familias están integradas por más de tres hijos o hijas, siendo muy doloroso el tener que decirles que ya no podrían estudiar porque era más urgente tener dinero para poder comer que para pagar la pensión, el internet o la recarga del celular.

Aquí es donde las madres tuvieron una labor muy importante y demandante. Por un lado, están las mujeres que siempre han realizado labores en casa y durante los meses de cuarentena seguían a cargo de la preparación de alimentos, de la limpieza, del cuidado de niñas/niños pequeños, recién nacidos o de adultos mayores, y quehaceres en general de la casa. Por otro lado, están las mujeres que tuvieron que dejar de trabajar en las fábricas, de vender sus productos, sus artesanías o sembrar en el campo para dedicarse esos meses a las tareas del hogar.

Lamentablemente la convivencia en esos meses de cuarentena fue complicada para las mujeres de todas las edades, quienes se vieron tres veces recargadas de actividades. Ya no solo cocinaban, limpiaban y lavaban, ahora era el enseñar y atender a sus hijas e hijos que estaban estudiando con o sin acceso a las clases virtuales. Tenían que lidiar con los propios caracteres y personalidades de cada miembro de la familia, con conseguir alimento a pesar de la cuarentena y sobrevivir al machismo y violencia de sus parejas y/o esposos, que las dejaban solas a cargo de todo y/o maltrataban físicamente delante de sus hijos/hijas. Muchas de ellas se volvieron maestras para sus hijos e hijas porque no querían que perdieran

sus estudios, procurando también que tuvieran algo provechoso que hacer durante ese lapso de tiempo.

Para este año 2021 la situación quizá ha cambiado un poco. Muchas madres y padres de familia se vieron obligados a salir a buscar trabajo, cambiando de rubro laboral para lograr levantar su economía familiar. Solo así algunos estudiantes han logrado retomar sus estudios, acceder a internet, adecuándose de a pocos a las clases virtuales debido a que aún las instituciones educativas, como escuelas, institutos y universidades, no están funcionando. Por el contrario, deben permanecer cerradas hasta nuevo aviso, mientras otras instituciones se vieron obligadas a cerrar definitivamente.

Salud

La salud de las mujeres indígenas, campesinas y de pueblos originarios siempre ha estado en riesgo por la lejanía de los centros de salud, las postas médicas y los hospitales, por la deficiente infraestructura de los mismos, por el desabastecimiento de medicina genérica y accesible, por el poco personal que las atiende, etc. Adicionalmente y como agravante está el contexto de discriminación en el que son atendidas y que les ha generado resentimiento, temor y dolor, al punto de ya no querer acudir, sea cual fuere la emergencia.

Sin embargo, algunas compañeras que sufren de enfermedades como la diabetes, asma, alzheimer, cáncer, VIH-SIDA, artritis, hipertensión y taquicardia, es decir, aquellas que de todas maneras deben ser atendidas y recibir medicación mensual, se vieron desplazadas, al igual que otros pacientes, por la COVID-19, teniendo a todos los servicios de salud al servicio de la atención a pandemia, quedando las otras enfermedades de lado. Al mismo tiempo, el costo de la medicina en las farmacias se elevó. Medicamentos genéricos como el panadol y/o dexametasona, cuyo

blíster costaba S/ 1 sol, subió a S/ 5 soles, empeorando aún más la situación de vulnerabilidad de estas mujeres y de sus familias.

Por otro lado, están las mujeres del campo, las que trabajan en la agroexportación o vendiendo como ambulantes, quienes sufren mucho de infecciones urinarias. Con el cambio climático este problema aumenta pues las altas temperaturas, las heladas y la humedad se incrementa, lo que las afecta. Para lograr disipar sus dolores y recibir sus antibióticos tienen que caminar a la posta o centro de salud, o recurrir a la sabiduría ancestral para la preparación de mates que puedan aliviar el dolor.

Asimismo, se debe tomar en cuenta que muchas de nuestras hermanas, compañeras, han sido afectadas por la COVID-19, perdiendo familiares y/o seres queridos, en varios casos a consecuencia del pésimo sistema de salud que no podía atender a las y los miles de pacientes afectados que llegaban, varios de ellos y ellas quedándose en la calle o regresados a sus hogares porque no habían camas, no había oxígeno y/o camas en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI), a lo que se le suma el aprovechamiento de las clínicas privadas y de las farmacias. Todo ello fue un duro golpe para varias de nuestras familias que tuvieron que volver a endeudarse, vender sus tierras para comprar oxígeno, medicinas o pagar la cama que ocupaba su familiar. Quienes no tenían para eso solo pudieron hacer uso de la medicina tradicional.

Cabe recalcar que la sabiduría de nuestras ancestas ayudó mucho a nuestras hermanas, compañeras, para combatir la COVID-19. En Nauta, Iquitos, y en palabras de ellas, se curaron del coronavirus con el matico al que hacían hervir con ajo y limón, y que luego tomaban diariamente. Como también el alcohol se elevó en precios o estaba escaso, chancaban hierba luisa, con toronja, la cual colocaban en un recipiente con agua para desinfectarse las manos. En Chaupimarca, Pasco, o en Sicaya, Junín, las sabias raspaban la pepa de palta, que luego hacían hervir con uña de gato, medio limón, para luego tomar el combinado caliente. Algunas

compañeras sufrían de diabetes, estando en mayor riesgo por la COVID-19, por lo que tomaban el matico hervido con ortiga negra y, para «oxigenar» sus pulmones, hervían eucalipto con una cucharada de ungüento (*mentholatum, vick vaporub*), inhalando sus vapores por las noches.

La sabiduría de nuestras hermanas es rica y poderosa pero muy poco valorada por las autoridades y el propio sistema de salud. En casi todas las regiones, las sabias llegaron a usar las hierbas y productos que nos brindaba la Pachamama para enfrentar la pandemia y las demás enfermedades que dejaron de ser atendidas. Una de las medicinas tradicionales más usadas por las sabias era el tratamiento con kion, ajo, cebolla y limón, que colocaban en una olla a hervir y luego lo tomaban con una cucharada de miel de abeja. Lo que quedaba lo guardaban en recipientes de vidrio, algunos con yonque o cañazo, y otros eran molidos con el batán o licuados para ser preservados con miel de abeja y tomar a diario.

A pesar de todos estos conocimientos que nos heredaron nuestras ancestras, hemos visto partir a muchos familiares y amistades de todas las edades, algunas hemos quedado con fuertes secuelas, pero seguimos adelante para seguir cumpliendo con nuestras líneas de trabajo. Desafortunadamente, una de las enfermedades que se ha incrementado silenciosamente es nuestra salud mental, que empeoró durante la cuarentena, la pérdida de trabajo, de cosechas, de semillas, de ganado, de tierras, de familiares, la falta de dinero, incremento de la violencia familiar y sexual, etc. Con todo ello, nuestra salud mental se ha visto sobrecargada, abrumada por el repentino cambio de las actividades diarias como dirigentas locales, provinciales y regionales.

En defensa de nuestra soberanía alimentaria y del territorio de nuestros cuerpos

Durante todo un año, familias enteras han fallecido y niñas y niños quedado huérfanos, siendo esa nuestra preocupación para este 2021, porque sabemos que la COVID-19 se contagia más rápido en frío que en temporada de calor. Nuestra actual preocupación sigue siendo la pandemia, su avance, la aparición de nuevas variantes, el acceso a las vacunas, la llegada de la tercera ola en un país que vive a diario los efectos del cambio climático, los desastres naturales, el poco acceso económico y a un servicio de salud en el que todas y todos podamos ser atendidas.

Es cierto, no estamos igual que el año pasado, porque el año pasado algunas familias aún tenían sus ahorros, pero ya todo eso se ha consumido. No hay trabajo y si hay la remuneración no es de acuerdo a ley porque también las empresas o negocios han perdido, al menos las pequeñas empresas. La llamada reactivación económica no se sintió en las regiones, menos en el campo, y las familias que tenían pequeños negocios jamás pudieron acceder a esa bonificación, aunque si lo obtuvieron las grandes empresas. Es así que sus intentos de emprender una nueva actividad económica, pedir un préstamo, canalizar fondos, fueron rechazados y/o no cuentan con apoyo de la banca o cooperativas. Eso dolió a muchas hermanas que viven de su artesanía, de la producción y venta de café, miel de abeja, etc., pero que no podían acceder a este beneficio.

La pandemia ha ocasionado una crisis emocional muy fuerte en todas las familias, lo que afecta más a las mujeres porque ellas son las que mantienen, administran y custodian el sustento económico de la familia, pues cuando el esposo trae los S/ 400, S/ 600 soles, ella tiene que hacerlos alcanzar para toda la casa, que ya tenía dificultades económicas antes de la pandemia, haciendo malabares para estirar todo ese presupuesto para el mes, si es que

se logra obtener. Cuando esto no se logra, se incrementa su dolor, se sienten dañadas, resquebrajadas, con mucha necesidad de ser escuchadas, de poder desahogarse de todo lo que viene pasando.

Como se ha precisado anteriormente, nuestras hermanas, compañeras, han sufrido bastante durante la cuarentena, aunque en algunos casos se ha logrado superar las dificultades. Como se indicó, las familias del campo usaban mucho el trueque para recibir productos de la Costa, pero con la orden de inamovilidad estos no han podido llegar, por lo que las mujeres sabias dialogaron con los dirigentes de las comunidades, como en el caso de las regiones de Junín, Cusco, Ayacucho, Huancavelica y Pasco, para solicitar apoyo al gobierno local y regional, y hasta a la Policía para que, a través de camiones, camionetas, autos, se transportaran los víveres, incluyendo medicinas. En otras regiones, como Ucayali, San Martín, Loreto y Madre de Dios, las dirigentas también hicieron alianzas con sus autoridades para recibir los víveres y medicina incluso en canoas, botes.

La mayor parte de las socias de la Fenmucarinap son madres solteras, viudas, ancianas abandonadas, indígenas campesinas, quienes venían a Lima para ejecutar diversas actividades, en mayor número en los meses de marzo, agosto, octubre y diciembre, que son fechas emblemáticas. Como el contexto cambió, casi a todas les ha costado adecuarse a las reuniones virtuales, a la vez que para estar conectadas se requieren de presupuesto para las recargas de celulares.

Con el apoyo de otras instituciones, logramos colaborar con fondos para las recargas de celulares y para realizar las primeras reuniones virtuales con el objetivo de capacitar a nuestras hermanas, compañeras, en el uso y acceso a estas nuevas plataformas virtuales (Zoom, Google Meet, etc.), y continuar con las actividades, capacitaciones y nuestro Plan Estratégico Anual. Y sí, nos ha costado aprender, asimilar, entender o, como dicen ellas: «se extraña el abrazo, el compartir entre todas, el poder desahogarse

con confianza, hablar de nuestros problemas y también de nuestras luchas».

La pandemia ha sido un gran cambio para todas. Antes nuestros talleres duraban de tres a cinco días, desde la mañana hasta la noche; ahora solo podemos tener reuniones no mayores de cuatro horas y no más de dos días por los costos de las recargas y del acceso a internet, que sigue siendo un problema. A pesar de todo esto, lo más importante es que podemos iniciar las reuniones virtuales con nuestra mística.

Sabemos que en casi todos los aspectos de nuestra vida la pandemia nos cambió, además de habernos alejado de muchos seres queridos. Aun así, algo que nos sigue afectando a todas, y que es todavía más importante que el cambio climático, y que siempre daña nuestra salud emocional, es la violencia física y sexual contra las mujeres.

A través de las llamadas telefónicas durante la cuarentena y luego de ella, con las reuniones virtuales, recibimos múltiples denuncias, quejas y malestares de nuestras hermanas por la situación de violencia familiar y las violaciones sexuales a mujeres, incluidas menores de edad. Tuvimos que exigir al Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP) una inmediata intervención para los casos en Nueva Cajamarca y Rioja, de la región San Martín; en Pichanaki, de la región Junín; en Jaén, de la región Cajamarca; en Trujillo, de la región La Libertad; en Caylloma, en la región Arequipa; entre otras.

La Fenmucarinap está representada también en 13 regiones por un grupo de «sabias», sensibilizadas en este tema, que brindan capacitación y entregan métodos anticonceptivos para mujeres, que tuvo que ser paralizado por un mes por el inicio de la cuarentena. No obstante, y a propósito de llamadas y denuncias de ellas mismas a la junta directiva de la federación por los casos de violación a mujeres, incluidas menores de edad, tuvimos que ingeniarnos nuevas formas para llegar a las víctimas y para que puedan recibir

el kit de emergencia para casos de violaciones sexuales, así como para hacer la respectiva denuncia en la comisaría.

De todos los casos, resaltamos dos. Uno ocurrió en Rioja, cuando una menor, que no tenía el apoyo de su familia, huyó de su hogar y se refugió en casa de nuestra sabia, huyendo del padrastro que la seguía golpeando y violando. Otro caso fue el de una menor de edad que fue secuestrada por un hombre mayor y su madre desesperada recurrió a nuestra «sabia» porque no tenía apoyo ni de la Policía, que le decían que la menor había huido por voluntad propia. Con ella se logró que acepten la denuncia. En ambos casos, las «sabias» se comunicaron con la junta directiva de la federación y es así que se exigió al MIMP y al Ministerio del Interior (Mininter) una inmediata intervención.

Las mujeres de la Fenucarinap somos conscientes de nuestra responsabilidad y de nuestra sabiduría ancestral, y del cuidado que debemos de tener con nuestra Pachamama, al igual que con nuestros ríos, lagos y fauna. Nuestra mayor responsabilidad sigue siendo la mejora e inclusión de políticas públicas favorables a nuestra realidad, a nuestras regiones, que se sienta la descentralización y se atiendan nuestras demandas.

Sabemos que no podremos regresar a como estábamos antes del 16 de marzo del 2020, a la «normalidad» como le llaman, y que tendremos que seguir cuidándonos, mantener el distanciamiento, recurrir a la sabiduría ancestral para seguir protegiendo nuestra salud y también a la medicina occidental, así como el renovarnos en el ámbito laboral, es decir, la que antes vendía artesanías o productos naturales, y que tuvo que cambiar de rubro, tendrá que adecuarse, «modernizarse» y usar las redes sociales, el Facebook, la página *web*, para seguir vendiendo sus productos; mientras que para sus hijas e hijos se continuará con las clases virtuales, etc. Pero lo más importante es acceder a una economía que nos permita alimentar a nuestras familias, contar con un sistema de salud que nos proteja y valore la sabiduría de nuestras «sabias», y que se

nos den facilidades para acceder a créditos que permita a varias familias emprendedoras volver a sembrar, cosechar y vender sus productos, criar a sus animales y producir productos naturales. Tenemos mucha esperanza de que el nuevo gobierno apueste por las regiones, por las comunidades más olvidadas de nuestro Perú.